

la Diócesi, y al mismo inolvidable Prelado que no perdonó sacrificio en bien de su rebaño, hemos tenido a bien disponer lo siguiente:

1º Que el día 11 del próximo mes de Julio se celebren en la Santa Iglesia Catedral el Oficio y Misa de Requiem en que Nos mismos oficiaremos.

2º Que en todas las Parroquias y Vicarías Curales y fijas se celebre igualmente Vigilia y Misa con el mencionado objeto.

Sería de desearse que los Sres. Capellanes de los templos y aún cada uno de los Sacerdotes de la Diócesi aplicasen el Santo Sacrificio de la Misa por el alma de Mons. Sollano.

3º Que los fieles ofrezcan en el referido día la Sagrada Comunión.

4º Que en nuestro Seminario Conciliar y en los Colegio Católicos se organicen Veladas literarias con el fin de recordar y ensalzar los extraordinarios méritos del Ilmo. Sr. Sollano.

## J. M. y J.

Artículo escrito por el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Tepic.

Doctor D. Andrés Segura y Domínguez.

**H**ACE poco más de seis lustros que sobre la loza de un sepulcro digno de veneración se lee: "episcoporum minimus, peccatorum maximus." Tales palabras fueron esculpidas por el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. y Mtro. D. José M. de Jesús Diez de Sollano y Dávalos. La loza cubre los venerables restos del primer Obispo de León, cuya memoria vive aún y amorosamente se conserva en el corazón de los que fueron sus diocesanos. Desde que nuestro santo Obispo murió, desde que fué inhumado su yerto cuerpo, esto es, desde el 8 de Junio de 1881, hasta hoy, diariamente es regado en su humilde sepulcro con tiernas lágrimas, adornado con frescas y olorosas flores, y alumbrado con la luz de las ceras y de las lámparas alimentadas con aceite que los creyentes cuidan constantemente de renovar. ¡Laudable y edificante conducta de un pueblo agradecido! Conducta que, si por una parte prueba el amor y veneración de las ovejas al muy digno Pastor, por otra, parece ser una protesta silenciosa, pero elocuente, a la inscripción antes dicha, y una confesión de que el Ilmo. Sr. Sollano fué grande entre los Obispos de su tiempo, al par que modelo acabado de virtudes. "Vosotros sois la luz del mundo," dijo el Divino Maestro a los apóstoles; y las mismas palabras repite la Iglesia a los obispos el día que, derramando sobre ellos el óleo santo, les confiere la plenitud del Sacerdocio. ¡Con cuánta claridad revelan ellas el gran misterio del Obispo y sus altísimos deberes! Según S. Basilio, los

actos de la luz son: disipar las tinieblas, dirigir en los caminos, descubrir los escondrijos y manifestar las diferencias de las cosas. He aquí los deberes de los Obispos, cuyo cumplimiento los hacen ser, en el mundo, verdadera luz. Ellos según el gran Tomás Aquino deben iluminar a los fieles, en lo que tienen que creer; dirigirles sus acciones para que obren con rectitud y no se aparten del buen camino; decirles con toda claridad y prudencia lo que deben evitar; y predicar con santa libertad y firmeza, unas veces exhortando, otras arguyendo; ahora amonestando; ahora reprendiendo; pero siempre con toda paciencia y doctrina. a la vez que con toda autoridad, como fué ordenado por S. Pablo, en sus epístolas a Tito y a Timoteo.

De todo corazón lamento no tener aptitudes suficientes para aplicar al Ilmo. Sr. Sollano la doctrina anterior. Yo siento con íntima convicción que así fué mi muy amado Padre, porque escuché sus sabias enseñanzas, porque contemplé de cerca sus virtudes; porque palpé su abnegación y sacrificios; porque, para decirlo todo, lo vi trabajar en la viña del Señor, como entiendo que debían trabajar los obispos. Mas mis ojos apenas pueden resistir la luz muy tenue, por lo que se sienten heridos al querer recibir los haces luminosos, que emite la antorcha, que el Espíritu Santo colocó en el áureo candelero de la naciente Iglesia Leonés. En tal virtud me conformo con ser el simple relator de algunas de sus obras.

Impresas corren sus 22 Pastorales llenas de sabias y copiosas enseñanzas. En ellas se asestan muy certeros tiros al Protestantismo; en ellas se combate rudamente al Masonismo; en ellas se exhorta y se dan oportunas instrucciones para el estudio de la Santa Escritura; en ellas se recomienda la doctrina del Doctor Angélico; en ellas, por fin, animaba a su Venerable Clero a la virtud recordándole sus santos deberes y augustos ministerios. Notable es igualmente su Opúsculo sobre el sentir de Santo Tomás de Aquino acerca del dogma de la Inmaculada Concepción de María, que si, por una parte, le mereció muy justos y calurosos aplausos de sus compatriotas, y mucho más de los sabios allende los mares; por otra debe ser tenido como digno Apéndice de la Disertación Teológica sobre la "Concepción Inmaculada de María" escrita por él antes de su elevación al Episcopado; por él remitida a Roma al nombre de la Nacional y Pontificia Universidad de México, y colocada en el tomo IV de los Pareceres, engarzada entre dos perlas de

gran valor, el "Enchiridión" del Piamontés Domingo Cerri y la "Disquisitio Theologica" del muy sabio Perrone, hijo de la ilustre y benemérita Compañía de Jesús. Dignos son de especial mención otros opúsculos, uno llamado: "Exposición al Congreso de la Unión. Contra el proyecto de elevar al rango de constitucionales las Leyes de Reforma" y otro que lleva por título: "Manifestación," hecha, no sólo a la Nación Mexicana, si que también al mundo entero, cuando fué aprobado el referido proyecto. En ambos Opúsculos no se sabe qué admirar más, si la firmeza de ánimo y el celo desplegado por su muy ilustre Autor, para defender los derechos de la Iglesia, o los argumentos contundentes, irresistibles y por ende irrefutables contra la doctrina anticatólica de los jacobinos; por último, la mesura de tales escritos, en los que, ni el ojo más avisado, podrá encontrar en ellos algo subversivo o capaz de excitar a rebelión.

No conforme con iluminar a su grey con sus Pastorales, se esforzó en iluminarla también con el magisterio, ya regenteando en el Seminario la Cátedra de Lógica, que enseñaba diariamente, y las Humanidades, Historia Eclesiástica, Disciplina y Sagrada Escritura que daba alternativamente; ya presidiendo en el mismo panteón las funciones científicas o literarias, desde la más humilde, hasta la de mayor importancia; ya, cuando, al asistir a las conferencias eclesiásticas de los Sres. Sacerdotes, abría sus labios para dejar que por ellos se escaparan sabias y oportunas instrucciones. Puesto que el Obispo es luz que debe iluminar con su predicación, veamos cómo cumplió el Ilmo. Sr. Sollano con tan sagrado deber. Bien se puede asegurar, sin temor de equivocación, porque aun las piedras podrían dar testimonio, que no hubo en toda la extensión de la Diócesis, Ciudad, Villa, Pueblo, Aldea y aún Ranchería, en donde la voz del celoso Prelado no exhortara a la virtud, a la piedad y a la fuga del pecado. Cuando estaba en la Capital de su Diócesis explicaba por la mañana el santo Evangelio, y por la tarde algún punto doctrinal en las Parroquias de la ciudad; estando fuera lo hacía en la Parroquia donde se encontraba. No sólo los templos principales tuvieron tal honor, sino también los demás templos, los humildes oratorios y aún las capillas rurales, pues para todos los fieles, y mucho más los humildes campesinos, tenían derecho a escuchar la voz de su Pastor. No quería el Sr. Sollano, como él mismo lo decía, ser perro mudo incapaz de ladrar, por lo

que días hubo que predicara cinco veces, y con frecuencia exhortaba, aún en los caminos a los que encontraba a su paso, y a los deanos que se arrimaban a la vía pública para saludarlo al pasar. Para que estudiaran la doctrina cristiana, rezaran el Santo Rosario y frecuntaran los Sacramentos. Dos veces al día predicaba en los Ejercicios espirituales dados a los Sres. Sacerdotes, a los seminaristas, a los hombres seglares, a las mujeres y aún a los niños de uno y otro sexo. ¡Y qué predicación! Era sublime, instrutiva, arrebatadora y llena de unción evangélica. Era la voz del sabio, que magistralmente exponía las verdades y dogmas de los santos. Era la voz del apóstol, que llamaba a los pecadores a penitencia, exponiéndoles las hermosuras del cielo, o los terribles castigos del infierno. Era la voz del Padre, que amorosamente llamaba a los hijos que habían abandonado la casa paterna. Era, en una palabra, la voz del Pastor, que suavemente y a veces aterradora como los truenos nos de negra tempestad, buscaba a sus ovejas, las traía al redil, y las alimentaba con pastos de salud.

Se llamó a sí mismo: "El mas grande de los pecadores." Mas reflexionó que tal afirmación se convertía en su honor, pues como asienta el Sabio, en el Sagrado Libro de los Proverbios: *"El justo es el primer acusador de sí mismo."* Lejos, muy lejos debió haber estado de ser el más grande de los pecadores, quien pudo como como S. Pablo: *"Nuestra morada está en los cielos;"* porque y mucho más los que le trataron íntimamente, y bien sabido que no se avienen jamás, espíritu de oración y estado de pecador

o muere el uno, o se destruye el otro. Delicadeza grande de la ciencia revela quien, como el Sr. Sollano, prohíbe, antes de morir, que su cuerpo sea embalsamado, y ordena terminantemente que entierre con ella. ¡Cuánto amor a la virtud angelical de la pureza! El día lo empezaba tomando una disciplina, y lo continuaba en la mortificación, imitando al Apóstol de las gentes que nos *"Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre: porque no tezca, que habiendo predicado a otros me haya yo mismo repro-* bado." No, no era el más grande de los pecadores el hombre de acerada resistencia, que siempre huyó de la ociosidad, engendra- dora de los vicios, que jamás encontró competidor en el trabajo

que cansaba a todos, y se quedaba buscando trabajo, y cuya conciencia en el trabajo fué tan inquebrantable, que en las exequias celebradas en su honor por el Apostolado de la Oración, el respeto a su memoria haya hecho la siguiente frase: "El Sr. Sollano al morir emba- lezó a descansar." ¿Cómo no había de huír el pecado si lo preocupaba perennemente y mucho el juicio de Dios, razón por la que se oía decir: "Tengo que dar cuenta a Dios." "Por aquí nos ha de desgarrar Dios" u otras expresiones semejantes?

La misericordia es la nota que revela a los justos. Quien no se compadece del pecador y no lamenta sus miserias, se olvida de que puede caer, porque, según el Apóstol, *"él mismo está cercado de enfermedad."* El Ilmo. Sr. Sollano tuvo entrañas de misericordia. Llenos de lágrimas los ojos, echó los amorosos brazos al cuello de extraviados sacerdotes, los reprendía caritativa- mente y hacía cuanto estaba de su parte por la regeneración de los mismos. A quien esto escribe, superior que fué en el Seminario, queriendo levantar el castigo a unos seminaris-

Seamos compasivos y misericordiosos con estos muchachos. Mas también nosotros necesitamos de que Dios nos perdone." Di- *"El justo"* anación de la compasión que tenía por las miserias ajenas fué. *"es el primer acusador de sí mismo."* Lejos, muy lejos debió haber estado de ser el más grande de los pecadores, quien pudo decir, y tantos los socorros que repartía, que el M. I. Sr. Vicario como S. Pablo: *"Nuestra morada está en los cielos;"* porque era capitular no encontrando cómo satisfacer las peticiones de los hombres de oración como podrían testificar cuantos le conocieron por el Sr. Sollano dijera, lleno de gran perplejidad. "Qué corridos por el Sr. Sollano dijera, lleno de gran perplejidad. "Qué y mucho más los que le trataron íntimamente, y bien sabido soy a hacer, si no tengo fondos, y el Sr. Obispo al morir no me dejó su bolsa."

Era, además, el Ilmo. Sr. Obispo muy amartelado devoto de la Santísima Virgen María, a quien tiernamente llamaba: "mi Madre Señora." No sé que alguna vez haya dejado de honrarla, rezando las tres partes del Santísimo Rosario, sin que se lo impidieran las fatigas del camino, ni aún su última y penosa enfermedad. Aunque me inclino a creer que todos los días rezaba el Oficio de la Ciudad Episcopal, bien por practicar la Visita Pastoral, que cada dos años hacía a las Parroquias de su Diócesis, sin antes ir a Santa Iglesia Catedral para postrarse reverente ante la prodigiosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, y para pedir, con

humildad, a la poderosa Reina de lo criado, sus luces, sus auxilios y sus maternales bendiciones. Del mismo modo nunca regresó a la misma ciudad, sin mandar que su coche de camino se detuviera a las puertas de la Catedral, sin bajar con los vestidos cubiertos de polvo y sin entrar al Templo, en donde saludaba amorosamente a su Purísima Madre, y le daba gracias por los favores dispensados.

En virtud de esta devoción, consiguió el Patronato de la Madre Santísima de la Luz, tanto para la ciudad de León, como para toda la Diócesi. "Eres nuestra Madre y nuestra esperanza. Esto dile a tu Hijo, que con esto basta." Tales fueron las sentidas palabras que con corazón enternecido dirigió el Sr. Sollano a su celestial Patrona, cuando postrado en el lecho, del que ya no se había de levantar, contempló con sus ojos anegados de amoroso llanto la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, llevada de la Catedral por el Venerable Cabildo, para consuelo del Muy Ilustre paciente.

Habiendo sido devoto de la Madre naturalmente lo fué del Hijo, pues la devoción a Ella, suave y fuertemente conduce a la devoción a su Hijo. Habiendo sido devoto de la Madre naturalmente lo fué del Hijo, pues la devoción a Ella, suave y fuertemente conduce a la devoción a su Hijo. Habiendo sido devoto de la Madre naturalmente lo fué del Hijo, pues la devoción a Ella, suave y fuertemente conduce a la devoción a su Hijo.

Estas dos devociones fueron las alas que lo hicieron alejarse del mundo, despreciar sus vanidades y huír del pecado, a la vez que ascender de virtud en virtud. "Fruto es ya sazonado, nos decía el muy respetable Canónigo, D. José de la Merced Sierra, y como sazonado, Dios lo quiere para sí. Por ésto, temo que no alcancen nuestras oraciones que se prolongue la existencia de un Padre tan bueno, y cuya próxima muerte nunca será suficientemente llorada." Y así sucedió. Su alma se desprendió de las ataduras del cuerpo, dejó esta miserable tierra por la que pasó haciendo el bien y volvió, como firmemente esperamos, a los eternos tabernáculos del empíreo.

Allá, me dice mi profundo amor que te encuentras, oh benéfico Padre; y allá, por lo mismo, van los suspiros de mi pecho y los ayes de mi alma lacerada. ¡Cuántas veces he temblado al recordar tus enseñanzas dadas con tanto celo en la cátedra de Voceación!

¡Cuántas me he avergonzado al recordar tus bellos ejemplos de virtud! Disto mucho de observar las primeras, y hasta hoy no he imitado las segundas. Padre: pide por tu hijo, comunícame tu espíritu, pues quiero volverte a ver.

## IN LAUDEM.

**E**L Ilmo. y Rmo. Señor Doctor y Maestro, Don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos! ¡Ah! ese nombre es un timbre de gloria para el clero y aún para la Nación Mexicana. ¿Quién no lo oye, quién no lo pronuncia con admiración, con amor, con respeto? Y es que la vida del gran Obispo de León, fué una serie no interrumpida de altos ejemplos de virtud, fué eminentemente fecunda en pro de la Iglesia y de la Patria.

Monseñor Díez de Sollano fué en efecto un varón extraordinario providencial: dotóle el cielo de poderosa inteligencia, de enérgica voluntad, de acendrada piedad y de ardiente caridad; prendas exmentado, principalmente cuando estaba expuesto a la pública veneración, fueron claros indicios del amor que ardía en su pecho por la tierra. Para evidenciar esta verdad bastaría recorrer, si quiera sea someramente, los rasgos más culminantes de su vida, en las aulas como estudiante, en las cátedras como maestro; en el gobierno de los establecimientos eclesiásticos y científicos, cuya dirección se le confiara; y sobre todo, en su celo desplegado en el ejercicio del santo ministerio.

A estas partes adunábanse las que por sí solas constituyen lo que con tanta estima se llama *un carácter*; es decir, la circunspección, la dignidad y la caballerosidad, que eran como la herencia de un noble sangre; el saber proponerse siempre fines altísimos; excoitar medios adecuados, y reducirlos a la práctica perseverantemente, sin desfallecer ante las dificultades, sino agigantándose para vencerlas y triunfar.

La Divina Providencia, que de extremo a extremo abarca los humanos acontecimientos, que todo lo dispone suavemente y lo abordina a su gloria, último fin de todas las cosas; haciendo instrumento dócil de sus designios al Sr. Díez de Sollano, le suscitó

en uno de los momentos mas críticos de nuestra historia nacional. La guerra de 1810 a 1821, había conquistado la independencia, pero a la vez había subvertido las instituciones y las costumbres. Las sucesivas luchas intestinas de tres décadas no trajeron por consecuencia el restablecimiento y estabilidad del orden, antes bien el relajamiento de los vínculos sociales, la desmoralización y la anarquía. Pero Monseñor Sollano, junto con los Munguías, Espinosas, Barajas, Labastidas y otros insignes Prelados, fué puesto por Dios para acometer, proseguir y sostener la magna obra de reconstrucción intelectual y moral en los fieles, lo que necesariamente debía redundar en provecho, no sólo de la Iglesia, sino que también de la sociedad civil.

Cuanto al Sr. Sollano, ¿como se preparó convenientemente para llenar los deberes de misión tan elevada? Avesándose desde niño en la práctica de las más austeras virtudes, y atesorando apostólico celo y abnegación sublime de que hizo derroche hasta que descendió al sepulcro. Instruíase afanoso, sin contentarse, empujando con las asignaturas reglamentarias del Seminario Conciliar de México y de la Universidad Nacional, en donde obtuvo envidiables triunfos académicos, sino que acosado por sed ardiente de saber, buscó el trato de los sabios, en particular el de los Reverendos Padres en la Francesa e Inglesa; cultivó con esmero las ciencias naturales y nunca en su vida abandonó los libros, dando siempre marcada preferencia a la Santa Escritura y a la Suma Teológica del Angel de las Escuelas.

Mas su ciencia no se redujo a vana curiosidad o a placer egoísta, no en manera alguna, antes se cumplió en él el proloquio de que *bonum est diffusivum sui*. Sentía irresistible anhelo de comunicar sus conocimientos, pues a la temprana edad de veintidos años, en 1842 ganó por brillante oposición y por unánime voto de los senadores, la cátedra de Filosofía en el Seminario de México, y pudo asegurarse que desde entonces continuó enseñando durante toda su vida.

El Sr. Sollano, escolástico en la genuina acepción de la palabra, hacía que las artes y las ciencias todas se asentaran sobre la sólida y anchurosa base de la Filosofía cristiana; que ésta fuese una íntegra restauración de la Filosofía de Santo Tomás, cuyo olvido es causa de que el espíritu humano, desprovisto de brújula, haya se-

en el largo espacio de tres centurias, el juguete de los más extravagantes delirios; que, en fin, las artes y las ciencias y la Filosofía, así entendidas fuesen tributarias de la Teología y de la Religión. Preocupó siempre al Señor Sollano la formación rigurosamente científica, la educación netamente eclesiástica del clero, para que éste cumpliese de verdad con la sublime misión que el Divino Fundador de la Iglesia le recomendara. Y a conseguirlo encaminó todos sus esfuerzos en el Colegio de San Gregorio, en la antigua Universidad y en los Seminarios de México y de León: para eso redactó planes de estudios; para eso también escribió un tratado de disciplina eclesiástica, y lo enseñó personalmente, y veló por su observancia.

Bien sabía que con la formación competente y adecuada del Sacerdote, contaba con el más poderoso elemento para la reforma del pueblo cristiano; pero había que trabajar directa y personalmente en tamaña obra, y lo hizo, en efecto, con sus Cartas, Edictos y Circulares, con sus Visitas pastorales, con la predicación, el consejo y el buen ejemplo, como si siempre resonaran en sus oídos los mandatos del Apóstol: "Predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía, insiste con ocasión y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina:" cuantos tuvieron la felicidad de conocerle son testigos de que jamás perdía ocasión, de que nunca dejaba de buscarla para inculcar todo lo que conduce a la salud de las almas, especialmente la enseñanza de la doctrina cristiana, la frecuencia de los Sacramentos y la devoción al Santísimo Rosario.

León, 12 de Julio de 1913, quincuagenario de la consagración episcopal del Ilmo. Sr. Sollano.

† EMETERIO,  
Obispo de León.

## IN MEMORIAM.

### ELEGIA.

Virtus habet laudes, et summas incolit arces;  
Et subigit mentes ipsa decore suo.  
Patria, quos habet heroas, sustollit in astra;  
Et lauris cingit tempora semper amans.  
Non minus eximios factis Ecclesia laudat,  
Quos, vita functos, non semel illa colit.  
Nam qui virtutis semitam perecurrere curant,  
Magnum perpetuo nomen in ore viget.  
Ex horum numero reputatur iure virorum,  
Quem memores colimus, corde micante hodie.  
Insignem pietate virum, magnumque docendo,  
Qui, comes et vigilans, pavit amore gregem.  
Non ego suscipio meritas contexere laudes;  
Promere et Ausonia carmina culta lyra.  
Verbis extollant alii, queis copia fandi,  
Et calamo facili nomen in astra ferant,  
Quod possum faciam; quaedam non ordine dicta,  
Nec lectis verbis, promere mi liceat  
Hos elegos possim non comptos dicere versus.  
Testes qui possint sensibus esse meis.  
Stirpe fuit clara, inter fratres ordine quartus,  
Natus, mox sacri fontis lavatus aquis.  
Ut ratio fulsit, Iesu vestigia pressit,  
Quaerebant Domino facta placere suo.  
Humanis studiis animos adjunxit amicos,  
Et bene dicendi audit ab arte virum.  
Vix tredecim, honeste vivens, compleverat annos,  
Et clero dignus creditus ipse fuit.  
Postea rimari tentat penetralia rerum,  
Fecundans animum perbene quodque suum.

Quamvis quaerebat vero splendescere mentem,  
Virtutis sacrum corde fovebat opus.  
Quo plus in studiis, discens, profecerat ardens,  
Plus virtute, Dei proficiebat ope.  
Nec mora nec requies: Deitatis intima lustrat,  
Almi Doctoris usque micanti face.  
Ut vero optatam valuit coatingere metam,  
Tunc maius munus sustulit assiduus.  
Quas summo studio doctrinas hauserat acer,  
Mox aliis cepit tradere corde lubens.  
Neque haec solum; sed dictus praefectus alumnis,  
Omnia blandus agens, imperioque patris.  
Postea Gymnasii nominatus sumit habenas;  
Illius et Rector ultimus ipse fuit.  
Cum tantis meritis iam praeluceret adeptis;  
Praesulis ad munus tollitur ille cito.  
Ut, radiis missis, lustrat Sol igneus orbem,  
Cum medio lucens aethere cuncta fovet;  
Sic pietate micans et doctrina ille coruscans,  
Commissas ardens corde fovebat oves.  
Cuique, licet tenui, accessus aditusque patebant,  
Omnibus humanus corde ferebat opem.  
Nunc miseros refovens opibus nunc sacra ministrans  
Nunc recte expediens gravia quaeque sua.  
Has inter curas omnes operumque labores,  
Almae doctrinae continuabat opus,  
Nunc docte praescribens, quae sibi recta videntur,  
Ut popule maneat intemerata fides.  
Nunc spargit sacri quam saepe semina verbi,  
Et sibi commissas pascere curat oves.  
Vel cum, dilectus saepe stipatus alumnis,  
Discussis tenebris perficiebat eos.  
Iam vitae cursu rite sancteque peracto;  
Ad Dominum tandem advolat ille lubens.  
Nobis spem linquens arces habitare piorum,  
Et sacri aspectu Numinis usque frui.

LEONIAE III IDUS IUN AN. DOM. MCMVI.

*Mta. Joseph M. Márquez.*